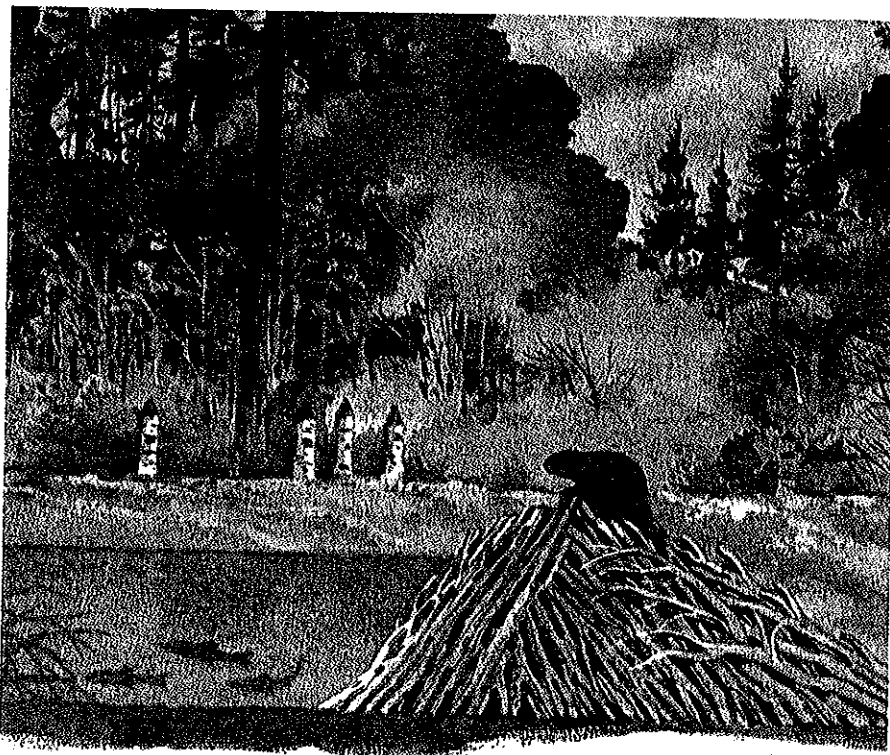


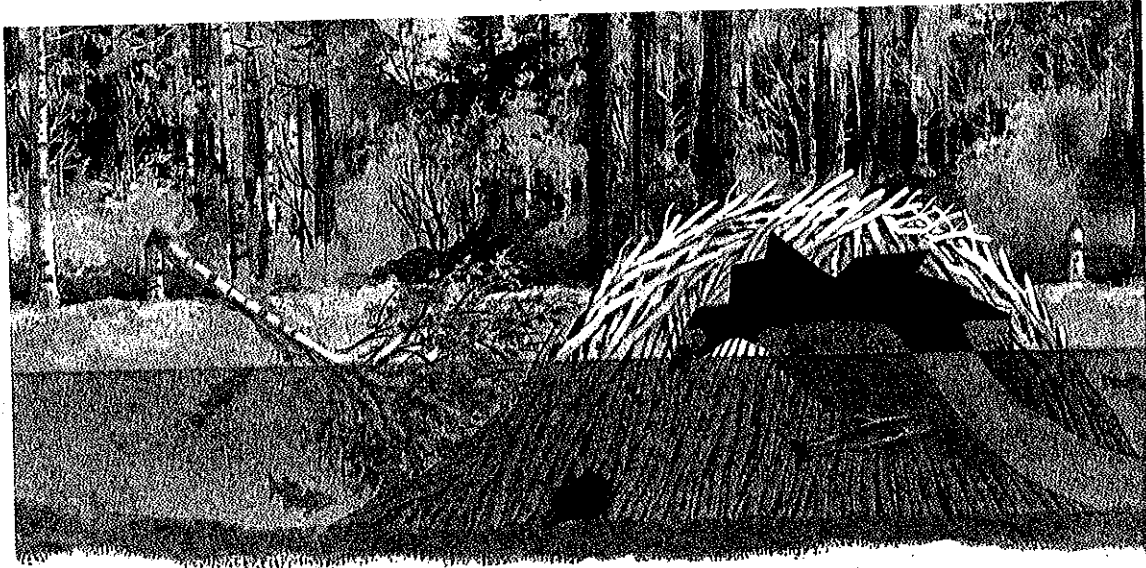
Temor en la laguna de los castores

Escrito por Frances y Dorothy Wood
Adaptado por Vivian Cuesta



Celebration Press

An Imprint of Pearson Learning



La mamá castor descansaba por un momento al lado de la represa de troncos y miraba a su hijito e hijita jugar a la orilla de la laguna de los castores. A ella no le gustaba que jugaran en la tierra. Prefería que estuvieran en el agua, donde se movían con más rapidez y seguridad. Se sumergían y nadaban debajo del agua como dos peces grandes.

La mamá castor salió del agua y empezó a amontonar lodo en la represa. Su cola ancha descansaba sobre la represa detrás de ella, sosteniéndola mientras trabajaba. Sus fuertes patas delanteras parecían manitas al amontonar el lodo en su lugar.

Una y otra vez la mamá castor dejaba de trabajar para vigilar a sus castorcitos. El papá castor estaba río arriba, cortando más árboles para la represa.



De vez en cuando ella miraba hacia la madriguera de castores, que estaba construida de palitos y lodo en agua profunda. El techo redondo de la madriguera subía por encima del agua. Debajo del techo, había un cuarto seco al que sólo se podía entrar por medio de un túnel bajo agua. Ese cuarto era el lugar más seguro que sus castorcitos conocían.

Si en ese momento los castorcitos estuvieran en algún peligro, ellos no lo sabrían. Jugaban haciendo caras amenazantes y sonidos con la garganta. Se paraban en las patas traseras y con las patas delanteras se empujaban uno al otro.

Rodaban en la hierba. Primero uno arriba, y después el otro. El más grande le llevaba la ventaja a su hermana menor. Cuando ella se escapó y corrió, él la alcanzó. Ella trató de agacharse pero se resbaló en la hierba y empezó a rodar. Su hermano corrió tras ella.

Ella se levantó en sus patas traseras y miró de un lado a otro. ¿Dónde estaba su hermano? Se paró en sus cuatro patitas y se dio cuenta que no podía caminar. ¡No podía moverse!

Detrás de ella oyó un sonido conocido. Miró hacia atrás y vio a su hermano. Él se había sentado sobre su cola y ella no podía moverse. Trató de escaparse pero no pudo.

De repente su hermano se movió y ella se fue rodando. Inmediatamente salió detrás de ella, y rodaron una y otra vez sobre la hierba, mucho más allá de la seguridad de la laguna.

Eso fue lo último para su mamá. Se deslizó de la represa y levantó la cola por encima del agua. Iba a bajar la cola con un palmetazo ruidoso. Ese sonido avisaba a los castorcitos que regresaran a la laguna de inmediato.

Pero se detuvo. Cerca de los castorcitos había una arboleda y parecía haber algo allí que se movía. Se quedó inmóvil en el agua, mirando con temor.

De la arboleda vio salir un viejo oso negro que levantaba la nariz, y olía el aire. Paralizada por el miedo, la mamá castor vio al oso acercarse a la laguna. En un instante él estaba entre ella y sus castorcitos.

Ya era muy tarde para dar un palmetazo con su cola. Si llamaba a los castorcitos para que regresaran a la laguna, ellos iban a correr derechito hacia el oso hambriento.

El oso se acercó más a la laguna. Olfateó en el aire el olor de castor. Pero no veía a los castorcitos.



La mamá castor nadó hacia el oso. Salpicó un poco el agua y levantó la cabeza para que él la viera. ¿Podría guiarlo lejos antes de que él descubiera a sus castorcitos?

Ella vió que los castorcitos habían visto al oso y se habían quedado inmóviles y en silencio. Tenía que guiar al oso lejos de allí. Entonces ellos podrían correr a la laguna y a la seguridad de la madriguera.

Ahora el oso también estaba inmóvil. Había visto a la mamá castor y la miraba fijamente.

La mamá castor dio vuelta en el agua y regresó a la represa. El oso la siguió por la orilla, mirándola. Ella estaba guiando el oso, río abajo, lejos de sus castorcitos. Pero para ir río abajo, ella tenía que salirse del agua y cruzar la represa.

El oso miró hacia donde se dirigía la mamá castor y él, también, fue en dirección de la represa. Cuando ella llegó, él ya estaba en la represa, dirigiéndose hacia ella. Cuando el oso estaba solamente a unos pies, ella cruzó rápidamente la represa y saltó al agua del otro lado.

¡Entonces se dio cuenta de su gran peligro! En vez de agua profunda que la protegiera, había caído en aguas poco profundas. Cincuenta pies río abajo, el agua era profunda y corría lentamente. Pero aquí el agua era tan poco profunda que no podía nadar.

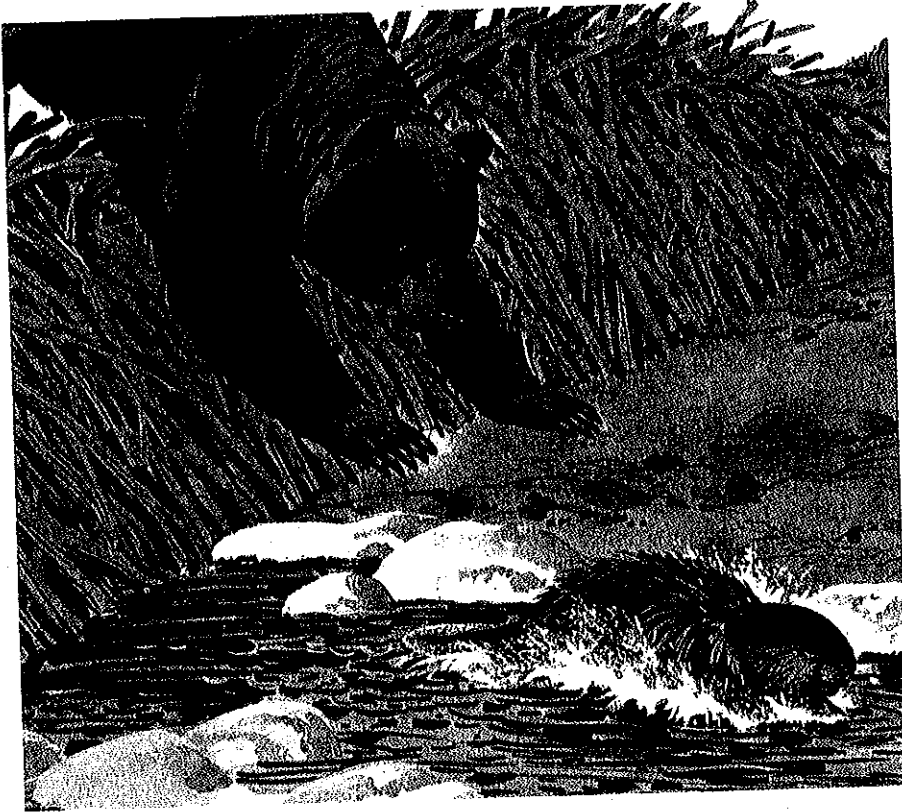
Oyó un chapoteo detrás de ella. ¡El oso se había metido al agua para seguirla! Desesperada, la mamá castor se dirigió hacia aguas más profundas, pero sus patas tocaban el fondo cuando trató de nadar.

El oso se le acercaba. Sus patas traseras membranas, tan poderosas en el agua, eran un estorbo en la tierra. Estaban hechas para nadar, no para correr en aguas poco profundas. Además, su cola pesada la detenía.

El oso la atacó, y ella se agachó hacia un lado, lejos de sus terribles garras. Luego la atacó una vez más.

Pero de repente el agua se hizo más profunda y ella pudo nadar. Al tocar el agua con sus patas traseras nadó rápidamente. Pero antes de zambullirse, la mamá castor le demostró al oso viejo su desprecio. Levantó su cola y la bajó rápidamente sobre el agua. ¡BAM! El agua roció la cara del oso.

Entonces ella se zambulló profundamente y empezó a nadar río abajo. Al poco rato salió calladamente a respirar. Mientras ella lo observaba, el oso saltó por la orilla del río. La mamá castor golpeó el agua con su cola nuevamente, bastante fuerte para que el oso la oyera. Éste caminó por la orilla, siguiéndola río abajo mientras ella lo guiaba más lejos de la laguna de los castores. Al fin él se dio por vencido y se desapareció en el bosque. Entonces la mamá castor regresó a la laguna río arriba, nadando debajo del agua cada vez que podía.



Cuando necesitaba aire, salía sin hacer ruido, y solamente la nariz y los ojos se le veían por encima del agua. Con mucha atención, miraba ambas orillas del río. No se veía el oso por ningún lado.

Ella llegó a la represa y la cruzó rápidamente. Zambulléndose profundamente en la laguna, encontró el túnel de la madriguera y nadó hacia el cuarto seco que estaba en alto. Allí encontró a sus castorcitos asustados. Al ver a su mamá, ellos corrieron y se acurrucaron junto a ella.

Pronto la mamá castor regresó a su trabajo en la represa como si nada hubiera pasado. Pero pasaron muchos días antes de que dejara que sus castorcitos se alejaran un poco del agua.